

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La gratitud y la modestia*, apólogo, por D. José Fernandez Espino. — *Meyerbeer*, por María del Pilar Sinués de Marco. — *El lucero de la tarde*, continuacion, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — *Explicacion de la lámina de crochet*, por Pamela.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

VII.

DE LA CONDESA Á MELIDA.

En este momento, hija mia, acabo de recibir tu carta: no te puedo explicar el bien que ha causado á mi ánimo, abatido por tu ausencia, sobresaltado por el temor de una recaída en la dolencia de que apenas estás restablecida: si quieres que esté tranquila, cuídate mucho para conservar tu salud, que ya sabes es delicada.

No dudo de que te hallarás muy bien al lado de esa excelente familia: puedes suponer que antes de permitir que fueras á su lado, la conocia yo muy á fondo por excelentes y verídicos informes que he tomado: respeta y obedece á los padres de Valentina, hija mia, y procura disipar la dolencia moral de tu amiga: hazle conocer la injusticia de sus quejas y que ofende á Dios con ellas: porque, ya te lo he dicho muchas veces y no me cansaré jamás de repetírtelo, las quejas continuas, el descontento de nuestra propia suerte, ofenden á Dios y atraen su justa cólera sobre nuestras cabezas.

El ambicioso, el que se deja dominar por la vanidad, nunca es dichoso en esta vida: solo lo es el que acata la voluntad divina; el que dice

AÑO I. — NÚM. 18.

con sincera humildad desde el fondo de su alma:

—¡Dios mío! Hágase en todo y por todo tu voluntad santísima! Yo soy tu hijo y te obedeceré!

No puede esperarse en este mundo, Melida mia, felicidad completa: al lado de la alegría, está el dolor: la alegría debe ser reemplazada por el pesar y las lágrimas por la sonrisa: demos gracias al Señor de todo lo criado por la alegría y no le culpemos por los pesares, pues estos provienen con frecuencia de nosotros mismos, y cuando Él nos los envia para probar nuestra paciencia y resignacion, nos ofrece, para consolarnos, la esperanza del cielo.

En mí misma puedes ver, hija mia, la verdad de mis palabras: nací en noble y opulenta cuna y la rodeó la mas pura felicidad durante mis primeros años; pero ya sabes que, apenas contaba tu edad, tuve el dolor de ver morir á mi madre: esta descendió muy jóven al sepulcro y la alegría huyó del corazon de tu abuelo para no volver á aposentarse en él: yo tenia el deber de consolarle, de hacerle una constante compañía y lo llené, si no cual correspondia, al menos lo mejor que me fué posible: uno de sus amigos tenia un hijo, y este jóven me amó y yo le amé tambien: tu abuelo aprobó nuestro cariño y su semblante apareció iluminado con un rayo de gozo por la primera vez, despues de tres años, el dia que recibimos la bendicion nupcial.

Cuando nació Clara, todos fuimos muy dichosos: llevaba el nombre de tu abuela y no tardaron en aparecer los rasgos de su belleza en su rostro infantil: prometia asemejársela en todo y es, en efecto, un retrato suyo.

Dos años despues viniste tu para aumentar nuestra alegría; pero esta debia durar poco: apenas contabas algunos meses, cuando tu padre sucumbió víctima de una fiebre maligna que se lo llevó en breves horas.

Este golpe cruel me anonadó: era viuda! viuda á los veinte años! y debia vivir para vosotras, para vuestro abuelo, cuya salud era cada dia mas débil y mas achacosa!

MARID 16 DE MAYO DE 1864.

El fué el que estancó la sangre que brotaba de las heridas de mi alma, con algunas frases cristianas: ¡oh! qué admirable poder es el de la religion y qué sublimes consuelos sabe prestar!

—Hija mia, me dijo tu abuelo; los buenos no mueren: le hallarás en el cielo; ya está al lado de tu madre que nos espera tambien hasta el dia en que Dios quiera reunirnos: inclina la frente ante su voluntad soberana para lograr este supremo bien, y tengamos resignacion: el mundo no es nuestra patria, sino un destierro que hemos de pasar en breve tiempo.

Esperé: vuestra vista me daba valor y devolvía la calma á mi corazón angustiado: creciais hermosas y lozanas como dos flores abrigadas con el calor de mi cariño.

Ya me iba reconciliando con la vida, cuando la dolencia de tu abuelo se agravó de tal modo que los médicos opinaron ser imposible conservar la vida si no viajaba para distraer su ánimo que las desgracias, á pesar de su profunda piedad, habian abatido.

Entonces, hija mia, llegó para mí la mas cruel de todas las pruebas: hube de dejaros para cuidar de mi padre enfermo y triste: no te diré que este era mi deber, porque, siendo madre, podría creerse que estas palabras y accion me fueron dictadas por la egoista esperanza de obtener otro tanto de vosotros si algun dia lo necesitaba: solo sí te diré que fuí presa de crueles combates y que padecí el mas atroz de los martirios durante los dias que pasé en arreglar vuestro equipaje y en llenar todas las formalidades indispensables para dejaros bajo el cuidado de Mme. Honoria.

Partí, al fin, con tu abuelo; y despues de viajar durante tres años, le perdí en Roma.

¡Cuánto inútil sacrificio! Me ví sola en tierra estraña, rodeada de dolor, y era jóven é inesperta; pero alcé al cielo los ojos y dije:

—Señor! Hágase tu voluntad! pero dame el valor necesario para cumplirla!

Un mes despues, volvia á España acompañando el cadáver de tu abuelo embalsamado para colocarle al lado del de su esposa: no podian ser separados en la tumba los que tanto se habian amado en vida.

Os dejé en la pension esperando adquirir la tranquilidad necesaria para traerlos á mi lado: no debe entristecerse á la infancia con el espectáculo de un dolor agudo y continuado; pero ¡ay! apenas habia empezado á probar algun sosiego, tu hermana Clara se encargó de acibarar todos los instantes de mi vida.

Tú sabes lo demás, hija mia: tú sabes hoy si soy desgraciada al verme obligada á desterrarla lejos de mí! No quiero ocultártelo, Mélida: si te he permitido ir á esa aldea por algun tiempo, es porque voy ocultamente á ver á tu hermana. Sí!

salgo para Barcelona: recuerdo la proverbial severidad de tu tío, rudo marino, que desde muy niño dejó el lado de nuestros padres y que surcaba los mares cuando murió tu abuelo. ¡Clara no me escribiste! ¿Estará enferma? Esta sospecha desgarró mi corazón.

Salgo dentro de dos horas y no lo he hecho antes porque queria saber que habias llegado buena: así, pues, hija mia, no me escribas hasta que yo te avise y está tranquila acerca de mí.

Si tu hermana me pidiese el olvido de sus errores á cambio de una promesa de enmienda, la traeria conmigo, vendrias tú y yo seria al fin dichosa á vuestro lado: reza, hija mia, para que esto suceda.

Obedece en todo y por todo á la mariscala y vé á saludarla cada dia: á pesar de sus rarezas —todas hijas de su orgullo, que es muy grande —es una señora escelente y llena de virtudes, á quien amo como si fuera mi hermana, y á quien tú amarás tambien: además, es casi de la familia, por ser prima de la esposa de mi hermano, en cuya casa está Clara.

Adios, hija mia; hasta que te escriba, que será en breve, recibe un tierno abrazo de tu cariñosa madre.

LUISA G. DE CAMPOVERDE.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

## LA GRATITUD Y LA MODESTIA.

### APÓLOGO.

Dijo la siempreviva  
Con acento curioso  
Una fresca mañana á la violeta:  
¿Por qué, dí, flor esquiva,  
Tú, á cuyo aliento el céfiro gozoso  
El revolver sujeta,  
Y en derredor de tí manso se mueve,  
Embriagado en la esencia  
Que en tus matices azulados bebe?

Tú, que tímida ocultas  
Esa mágia que el cielo  
Dió á tu púdico seno con largueza,  
Y humilde te sepultas  
Entre las hojas que de verde velo  
Sirven á tu belleza?  
¿Tú, que modesta, ni á la blanca aurora  
Ni del sol á la lumbre  
La gracia ostentas que tu faz decora?  
¿Por qué, dí, esta mañana  
Esparces con tal brio

La divina fragancia que respiras;  
 Y te agitas lozana  
 Salpicada de gotas de rocío  
 En que gentil te miras;  
 Y al verte así con tu beldad te engries,  
 Tú, de candor modelo,  
 Y de tu triunfo plácida sonries?

¿Qué es esto, dí?—Mas luego  
 Un clavel encendido  
 Que mirando á la viola se embebia,  
 Contesta al punto al ruego  
 De la curiosa flor con un gemido.  
 «¿Sabes por qué este día,  
 Le dice así despues, esa violeta  
 Que ni al áura se anima,  
 Ni mi continuo padecer la inquieta,  
 Mas bella resplandece  
 Con sus fragantes galas  
 Y ríe si versátil mariposa  
 En su tallo se mece  
 Y la acaricia con sus ténues alas?  
 Es por la dama hermosa  
 Que reina en este Edén, y ya aquí llega,  
 Que dulce nos halaga  
 Y nuestras plantas cariñosa riega.

Y lo que nunca pudo  
 El delicioso encanto  
 De la aurora, del sol, y el áura fria,  
 Ni mi tormento agudo,  
 Ni de las aves el gracioso canto  
 En esa hermosa mia  
 Pudo la gratitud; solo por ella  
 Y en honra de su dueño  
 La vés ahora como nunca bella.»

Atentas y extasiadas  
 Las flores escucharon  
 Del amante clavel la grata historia;  
 Y en voces concertadas  
 De la violeta tímida ensalzaron  
 La virtud y la gloria.  
 Y es fama que el rubor un breve instante,  
 Al verse así aclamada  
 Tiñó en carmin su virginal semblante.

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

## MEYERBEER.

### I.

Ha desaparecido del gran teatro de la vida una de esas celebridades, cuyo nombre y cuyas obras han llenado el mundo, y no serán por cierto mis queridas lectoras de EL ANGEL DEL

HOGAR las que se queden sin echar una ojeada exacta sobre esa existencia que ha brillado como una luz llena de esplendor y de hermosura y se ha apagado bajo la sombra del laurel y de las sie nprevivas.

Todo lo noble, todo lo bueno y esforzado hallará un lugar en estas columnas; damos hoy en ellas á la memoria del gran Meyerbeer un sitio modesto, pero digno de él, porque es un homenaje sincero y entusiasta á sus virtudes y á su gloria de artista.

Jacobo Meyerbeer nació en Berlin, segun unos biógrafos en el año de 1791 y segun otros en el de 1794: en lo que todos convienen es en que su familia era noble y rica si bien perteneciente á la raza desgraciada y proscripta de los judíos.

A los cuatro años admiraba ya á todos por su precoz inteligencia y su maravillosa organizacion musical: á los siete años daba conciertos que continuó con largos intervalos hasta los nueve, á cuya edad ya no era un niño, si no un gran pianista.

Tenia quince años cuando le conocieron los abates Vogler y Clementi, quienes, sorprendidos de su talento de improvisacion, se ofrecieron á darle lecciones de composicion y de armonía: marchó despues á Darmstadt al lado del abate Vogler, y su duro noviciado de artista, las crueles pruebas de su varonil educacion empezaron en esta época: entró al instante en esa severa escuela en que tuvo por condiscípulos á Winter, Ritter, Knecht, Gansbacher y Weber el mas célebre de todos: estos jóvenes no trabajaban como músicos, sino como ascetas: los ejercicios piadosos, las meditaciones y el trabajo mas asídúo se partian sus dias: las horas estaban fijadas con una regularidad monástica: por todo recreo, el abate Vogler conducia á sus discípulos á una iglesia en la que tenia dos órganos: el maestro improvisaba un tema en uno de estos instrumentos y uno de los discípulos debia desarrollarle sobre el otro.

De esta suerte se formaron aquellos ilustres genios, aquellos artistas sublimes: nada desarrolla mas el talento que la constancia en un trabajo austero y exento de distracciones, y el sábio abate Vogler lo sabia muy bien al emplear con sus discípulos predilectos tan riguroso método de vida: eran tiernos arbolillos que hacia crecer rectos y derechos para que diesen algun dia magníficos y sazonados frutos.

### II.

Esto duró dos años.

Un dia el abate cerró su escuela y emprendió con los discípulos, que habian hecho voto de

no abalumarle, un largo viaje musical á través de la Alemania.

Diez y ocho años cumplia Meyerbeer cuando hizo representar en Munich su primer oratorio *La Hija de Jephthé*, que alcanzó gran éxito así en aquella capital como en Viena: por aquellos días conoció á Hummel y quiso oírle: el hermoso estilo de aquel sublime artista, su modo de tocar tan puro y esquisito, su elegancia y gracia inesplicables, causaron la mas viva impresion en el jóven Jacobo, y en vez de debutar en el teatro de Viena al dia siguiente de su llegada, segun tenia pensado, se encerró en el estrecho y lóbrego cuarto de su posada, trabajó dia y noche durante diez meses con esa poderosa voluntad que ha sido la mitad de su genio, y no tocó en público hasta que estuvo seguro de haber tomado de las dos escuelas de Clementí y de Hummel sus mas preciosas cualidades y sus mas brillantes efectos.

Puede imaginarse el entusiasmo que escitó en los salones de Viena á su aparicion: si Meyerbeer no hubiera dejado de tocar el piano en los conciertos, Litz, Thalberg y otros músicos de los mas ilustres no le hubieran aventajado en nombre y gloria.

Pero su destino le señalaba otra via mas peligrosa y mas árdua: hizo representar *Los dos Califas* que habia escrito con la paciente lentitud que le era peculiar; sin embargo, el éxito fué inferior al de *La hija de Jephthé*: la ópera cómica era casi tan séria como el oratorio.

Meyerbeer no se desanimó; pasó los Alpes, y poco despues se escapó de su pecho el grito supremo de los artistas:

—¡Italia!... ¡Italia!

Poco despues admiró el *Tancredo* en toda su novedad, gracia y ternura... y descubrió el camino que le ocultaban las sombras de su melancolía y del humor tétrico adquirido en su penosa enseñanza.

### III.

Con ardor infatigable se puso á trabajar y escribió obras para los teatros de Venecia, de Turin y de Pádua; pero los éxitos de *Emma* y del *Crociato* levantaron en Alemania una general reprobacion; jamás ha sido tratado artista alguno con mayor dureza y acritud y hasta el mismo Weber, en una correspondencia que ha llegado á ser célebre, le reconvinó amargamente por lo que él llamaba un *error*, y que era solo una nueva fase bajo la cual aparecia el genio deslumbrador de Meyerbeer.

Por entonces se representaron tambien *Margarita de Anjou* y el *Proscrito de Granada*, y éstas dos obras no fueron mas afortunadas para

su autor que las anteriores. Meyerbeer aterrado, escarnecido, humillado, calló: durante seis años devoró en el silencio, no solo sus decepciones, sino tambien los ultrajes que se le habian inferido; pero al cabo de este tiempo volvió á la arena con la frente levantada: tenia armas: llevaba escrito el drama musical, y habia señalado á este género sublime el límite, diciendo á los que intentaran seguirle:

—¡No ireis mas allá!

Sucesivamente dió á la escena *Roberto el Diablo*, los *Hugonotes*, esa obra que entre mil bellezas encierra el incomparable duo sin rival en el arte, *El Profeta*, *Struensée*, *La estrella del Norte* y el *Perdon de Ploermel*: estas son sus grandes obras ejecutadas en todos los teatros del mundo, y que todo artista comprende con el corazón.

La salud de Meyerbeer habia recibido grandes ataques en 1851: el gran maestro se sostenia solo á fuerza de cuidados, de reposo y conformándose, cuando su pasion por el arte no estaba acorde, con las prescripciones de sus médicos. Pasaba todos los veranos en Spa, cuyas aguas saludables y aires puros le hacian mucho bien; pero en estos últimos años su delgadez habia llegado á la diafanidad y su debilidad á la estenuacion: toda su fuerza, toda su vida, se hallaban concentradas en su cabeza, en sus ojos: se le ha visto en todas las primeras representaciones que se han dado este último invierno: no perdía una palabra, ni una nota, y estas veladas le fatigaban: las representaciones de los *Hugonotes* en que probaba y ensayaba dos artistas, que debian trabajar en su obra inédita *La africana*, le desalentaban y le fatigaban sin que jamas haya querido confesarlo; postróle poco hace una indisposicion ligera que le obligó á quedarse en cama y que tomó de repente un caracter grave y alarmante.

### IV.

Meyerbeer no dudó un instante de que se hallaba en peligro, pero prohibió á su ayuda de cámara que lo avisase á su familia: á pesar de esta orden se comunicó la noticia por el telégrafo y sus dos hijas llegaron en la mañana del 1.º de mayo: por algunas horas no pudieron verle porque se temia el peligro de la sorpresa para el ilustre enfermo; pero viendo que se debilitaba por instantes, se le advirtió que se habian puesto en camino y que iban á llegar.

El gran maestro recibió á sus hijas con ternura, se informó de si se las habia instalado convenientemente y dió gracias á todos por sus cuidados: cerca de las cinco y media de la mañana del 2 de mayo pidió un poco de caldo, le

tomó, exhaló un suspiro y pareció dormirse tranquilamente.

Habia muerto.

Un temor habia atormentado durante toda su vida á Meyerbeer: el de ser enterrado vivo: para evitarlo habia tomado las mas minuciosas precauciones.

Muchas veces han anunciado los periódicos franceses la próxima representacion de su gran obra *La africana*, noticia que han reproducido los periódicos españoles; sin embargo, Meyerbeer decia aun:

—La escena está en decadencia; yo esperaré.

Aceptó, por fin, á Mlle. Sax, y en defecto de Villaret, con quien no podia contar, habia prometido oír á Nandin, ú otro tenor que le propusieran, y añadía:

—El papel de tenor es de importancia secundaria para mi obra, y veo ademas que es preciso concluir.

Se sabia que apresuraba á su copista y todas sus disposiciones estaban tomadas para que el estreno tuviese lugar el 1.º de julio próximo.

Pero ¡ay! el gran maestro habia esperado demasiado, y la muerte no espera!

Los resortes de aquella naturaleza de artista, los lazos de esa vida tan activa, tan laboriosa, tan fecunda, se han roto para siempre! ¿Se representará *La africana*? Eso no puede saberse hasta que se abra su testamento depositado en Berlin en casa de su notario.

Meyerbeer tenia en dicha ciudad un palacio de príncipe que casi nunca habitaba: artista cosmopolita, viajero infatigable, desdeñando por el amor de su arte los cuidados vulgares y las molestias de la vida, él, que rodaba sin cesar por los caminos de hierro, ha muerto en un *hotel garni* (casa de huéspedes) y las honras fúnebres le han sido tributadas en la estacion del Norte.

Los funerales han sido, por decirlo así, improvisados: habia dejado mandado que su cuerpo fuese trasladado á Berlin, y una comision se reunió con presteza para que al menos su féretro glorioso fuese escoltado como merecia, ya que el ilustre compositor ha querido que sus cenizas reposasen lejos de Francia que le miraba como á su hijo.

El cortejo fúnebre partió de la casa mortuoria á la una en punto: el tiempo era magnífico y yo, en pié é inmóvil en el boulevard de los Italianos—pues no quise otro sitio para contemplar mas de cerca aquellas ilustres cenizas—le ví pasar con una mezcla inesplicable de asombro y de pena: buscaba entre aquella pompa la figura augusta de nuestra santa religion y no la hallaba! ¡No la ví, porque no iba en el entierro del judío!

¡Pobre raza que tiene el mismo Dios que

nosotros, que cree lo que nosotros creemos, y á la cual, sin embargo, jamás se acerca Jesucristo ni bajo la forma de los Sacramentos, ni bajo la forma de la Redencion, erigida por ella como instrumento de infamia! ¡Pueblo verdugo de tu Dios! ¡Es en vano que tus hijos sean grandes por el talento, y nobles por el génio, y poderosos por las riquezas; ninguno de ellos puede dormir en los brazos de la muerte á la sombra protectora de la Cruz!

La vanguardia de honor estaba formada por la guardia nacional: las músicas de la gendarmeria de la guardia Imperial y del primer regimiento de granaderos de la Guardia, dirigidas la una por Mr. Diedel y la otra por Mr. Magnier, y la música del tercer batallon de la Guardia nacional, dirigida por Mr. Dufrene, precedian el carro fúnebre y tocaban composiciones del maestro, entre otras, la marcha de *Schiller*, los coros de *Roberto* y del *Perdon de Ploermel*.

Los cordones del féretro eran llevados por el embajador de Prusia, conde de Goltz y el superintendente de los teatros, conde Baciocchi, —quienes los cedieron durante el trayecto á Mr. Camilo Doucet y al primer secretario de la embajada prusiana—por Mr. de Gisors y Mr. Beulé, miembros del Instituto; Mr. de Saint-Georges, presidente de la comision de los autores dramáticos; el baron Mr. Taylor, presidente de la Asociacion de los artistas dramáticos; Mr. Auber, director del Conservatorio y Mr. Perrin, director de la Opera.

Inmediatamente despues del carro, dos criados enlutados llevaban, uno, sobre un almohadon, las condecoraciones del maestro, y el otro una corona de siemprevivas. El ataúd estaba cubierto de flores.

Se veian entre los personajes oficiales y convidados, al mariscal Vaillant, al mariscal Magnan, al baron de Rothschild, á Mr. Emilio Pereire, á todo, en fin, lo que hay de ilustre y de conocido en las letras, en las artes y en la política.

Mr. Julio Beer, sobrino de Meyerbeer, y dos miembros mas de la familia, presidian el duelo. Seguía la comision encargada de organizar los funerales, los individuos del Consistorio, la seccion musical del Instituto, la Sociedad de autores y compositores dramáticos, la de los artistas, la Opera, la Opera cómica, el Teatro lírico italiano, el Conservatorio, etc., etc.

Quince carruajes fúnebres y una columna de guardia nacional cerraban el cortejo.

Mas de doscientas mil personas le esperaban de pié desde la calle Montaigne, en que se hallaba la casa mortuoria, hasta la estacion del ferro-carril. En los balcones, en las ventanas, en los tejados y hasta en los andamios de la

casas en construcción, hormigueaban innumerables cabezas.

Era uno de esos imponentes espectáculos que solo se presenciaban en París.

El cortejo tardó más de dos horas en atravesar una parte de la avenida de los Campos Eliseos, la calle Real, los boulevards, la calle Drouot y la calle Lafayette. La antigua estación del camino de hierro del Norte estaba completamente cubierta de negro: varios escudos, colocados sobre los paños, contenían los títulos de las principales obras del maestro: las tribunas levantadas sobre toda la extensión, estaban ocupadas por muchísimas hileras de damas enlutadas, por artistas, escritores, personas de la alta sociedad y extranjeros de distinción. Los artistas de la Ópera y de la Ópera cómica cantaron un coro del *Profeta* y otro del *Perdon de Ploermel*; pero las voces se perdían en aquella enorme sala, y apenas llegaban algunos débiles sonidos á la estremidad opuesta al estrado de los cantores. En cambio, la admirable marcha del *Profeta*, muy bien ejecutada por la orquesta, produjo sobre el inmenso auditorio una profunda impresión.

Después, Mr. Beulé, en nombre de la academia de bellas artes; MM. de Sanit-Georges y Taylor, en nombre de las sociedades que presiden; M. Perrin, en nombre de la ópera; Mr. Camilo Doucet, en nombre de la administración de los teatros, y Mr. Emilio Ollivier, en nombre del público, pronunciaron discursos muy notables que fueron muy aplaudidos.

Tal ha sido, lectoras mías, la imponente ceremonia que la suerte me ha traído á presenciar en esta populosa capital el viernes 6 de mayo: me pareció que, á través de tanta gloria y de tanta pompa, la muerte se alzaba sobre el féretro fría, lívida, descarnada, y me dije elevando al cielo los ojos:

—¡Bendita sea nuestra católica España en la que solo residen cristianos y bajo cuyo hermoso sol, el más modesto y pobre entierro camina bajo el amparo de la Cruz y va á buscar á su sagrada sombra la paz del sepulcro!

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

París 8 de mayo de 1864.

## EL LUCERO DE LA TARDE.

### CAPÍTULO II.

(Continuación).

El instante en que la presentamos por primera vez á nuestros lectores, era uno de los más

felices de su vida, pues separada hacia más de un año del objeto de su amor, acababa de saber que la hora de poner un término á los dolores de la ausencia había llegado ya, y que aquella tarde debía volver á ver al que llenaba de esperanza y placer las monótonas horas de su juventud.

Para dar una idea de la situación de Luisa, nos es preciso retroceder algunos años antes del momento en que hemos empezado nuestra narración.

D. Alonso de Padilla, juez de uno de los distritos de la pequeña capital de Estella, era un hombre honrado hasta la severidad, y un opulento y noble señor, que hacía las veces de la providencia en diez leguas á la redonda del punto en que residía.

Casado en los primeros años de su juventud con una mujer buena y virtuosa, la había amado hasta el delirio, encontrando en este matrimonio la paz y la felicidad más envidiable. Dos hijos habían venido á estrechar de nuevo los lazos de esta unión y á perpetuar en este mundo el nombre de sus padres. El primero fué un niño en que se reflejaban las facciones de don Alonso; la segunda, que nació dos años después, fué una imagen perfecta de su tierna y cariñosa madre.

Al contemplar á los dos hijos, cuyo porvenir le había confiado Dios, el amante padre quiso doblar su caudal, y abandonando su bufete se decidió á pasar á la América del Norte, donde se han hecho tantas y tan considerables fortunas.

Así fué en efecto, y á los pocos años el capital de D. Alonso se había aumentado de un modo fabuloso. Pero Julio, su hijo mayor, debía terminar sus estudios, debía completar su educación, y para ello deseaban los autores de sus días que hiciese algunos viajes, que viviera algunos años en París.

Todo esto exigía enormes gastos, y por otra parte era preciso formar un brillante dote á Luisa, que ya era una jóven encantadora.

D. Alonso abandonó de nuevo su hogar, de donde Julio partió también, el uno para adquirir mayores riquezas, el otro para aprender á derrocharlas.

La madre y la hija quedaron solas; pero se amaban tanto, que su mútuo afecto las consolaba de la ausencia de los que amaban.

Bien pronto la belleza de Luisa había atraído las miradas de todos los jóvenes ricos y bien nacidos de Estella, pero el alma de la niña aun permanecía vírgen á las impresiones del amor.

Rica, hermosa y querida de todos, su existencia era dulce y tranquila, y aun la primera

lágrima de dolor no había oscurecido la brillante luz de sus pupilas.

Su madre adoraba en ella y satisfacía sus menores caprichos, con un anhelo tal, que sin la bondad natural y el excelente carácter de Luisa, acaso la hubieran tornado en una joven exigente y orgullosa.

Envanecida con las atenciones de que cercaban de continuo á su hija, la buena señora no perdonaba medio de hacerla brillar, y asistía con mucha asiduidad á todas las reuniones y sitios públicos, que su posición y sus riquezas la permitían frecuentar.

Luisa era el ídolo de todos sus amigos, pues se la citaba como el modelo de las buenas hijas y de las jóvenes virtuosas.

Ninguno de cuantos aspiraban á fijar su atención, podía jactarse de haber obtenido ni una palabra ni una mirada que le diese la preferencia sobre los demás, á pesar de ofrecer á sus pies considerables fortunas y apellidos antiguos y nobles.

La joven no quería encadenar su corazón, ó no había hallado aun en su camino el alma gemela de la suya, destinada por Dios para ser dueña de sus afectos.

Su mayor placer era dar largos paseos á caballo por las cercanías, acompañada de un anciano criado, ó leer junto á su madre, en el retiro de su lindo aposento.

Un día había salido como de costumbre á recorrer los alrededores de la población, y sin fijar su atención en ello se había alejado más que otras veces de la casa paterna.

De repente sonó un tiro á la derecha del camino que seguía, y su caballo espantado partió á escape, sin que pudieran contenerlo los poderosos esfuerzos de su dueña.

El pobre José, aterrado al ver el peligro de su señorita y sin poder alcanzarla, la seguía de lejos, apostrofando al importuno cazador, causa de su contratiempo.

El riesgo de Luisa era á cada instante más inminente, pues el espantado animal corría cada vez más veloz en dirección á una alamada por donde cruzaba la acequia del molino, que tenía en aquel lado una anchura considerable y bastante profundidad.

Ya faltaban no más que unos cincuenta pasos para llegar al punto designado, y Luisa estremecida juzgaba que no tardaría en caer á las aguas que tenían allí una rapidez y una corriente espantosa.

Más al llegar junto á ellas, un joven desconocido de la hija de D. Alonso, saltó con agilidad y ligereza del sitio en que se hallaba, yendo á colocarse ante el caballo de Luisa, con riesgo de su propia vida: coger las riendas y sujetarle con un brazo enérgico y poderoso, fué

obra de un instante para aquel hombre, que con tal valor había espuesto su existencia para salvar á la joven.

Esta, que se hallaba aterrada al verse en tan angustiosa situación, cobró ánimo siendo así socorrida, y mientras el desconocido contenía á su cabalgadura, saltaba ella en tierra ligera y ágil como un pájaro.

—Mil gracias, caballero, exclamó fijando en aquel hombre una mirada tierna y dulce: me ha salvado V. la vida quizá, pues si hubiera caído en las aguas, ó me hubiera ahogado instantáneamente, ó hubiera perecido destrozada en las piedras del molino.

—Señorita, contestó él en extremo turbado, nada he hecho que merezca su gratitud; pero si hubiese ejecutado la más digna acción y hecho los más grandes sacrificios, me consideraría recompensado con solo haberla sido útil.

José, que llegó en aquel instante, se unió á su señora para tributar sus elogios al joven, y este no queriendo abandonar aun á la que acababa de librar de una muerte casi cierta, se ofreció á acompañarla hasta la entrada de la ciudad.

Ella aceptó y ambos caminaron á pié, mientras José, con los caballos del diestro, les seguía á poca distancia.

Luisa supo por esta circunstancia que su libertador se llamaba Pablo de Cisneros, que era huérfano, y que jamás le había encontrado en los paseos ni en las reuniones á que ella asistía de continuo, porque él carecía de fortuna y su modesta posición no le permitía concurrir á ellas.

La varonil belleza de Pablo, la sencillez de sus palabras, y quizá la manera escéntrica con que le había hallado, impresionaron tan vivamente á Luisa, que desde aquel instante la simpatía más viva la arrastró hácia Pablo de tal modo, que casi le hizo dueño de su corazón.

Él, por su parte, también perdió la paz del alma; pero más conocedor de los afectos humanos, dió á aquel sentimiento desde luego su verdadero nombre, llamándole amor.

Desde aquel día se encontraron muchas veces, y Pablo no tardó en declarar á la joven su pasión.

Esta, ignorante de los usos de la sociedad, que prescriben á una joven disimular y dominar sus sentimientos, aceptó llena de alegría el cariño que tan leal y apasionadamente se la ofrecía, y juró consagrar su vida entera á hacer la felicidad de aquel hombre.

Llena de confianza en el cariño y la bondad de su madre, fué á depositar en el seno de la señora de Padilla sus emociones y sus esperanzas, tomándola por guía y consejera en la nueva senda que iba á cruzar.

Doña Inés abrazó á su hija y la ofreció su apoyo, si el jóven á quien habia distinguido era digno de su amor.

Pablo fué presentado en la casa de D. Alonso, y á pesar de su modesta posicion, fué recibido en ella de una manera cordial y amable.

Cisneros tenia un corazon noble y honrado, una hermosa figura y un alma llena de dignidad y grandeza, y cautivó desde el primer dia la benevolencia de doña Inés.

Pablo no se atrevió á pedir la mano de Luisa por la diferencia que existia en la suerte de ambos; pero ella confesó á su madre que no seria dichosa hasta que Dios bendijese su amor, y doña Inés, con ese anhelo que domina el corazon maternal, allanó cuantas dificultades se oponian á ello y apresuró la union de ambos jóvenes.

La buena señora confiaba que siendo Pablo un hombre digno, y amando á su hija como la amaba, D. Alonso, á su vuelta, aprobaria su determinacion, una vez verificado el enlace, viendó en él tan solo la dicha de Luisa.

El temor de que ideas de mezquino interés hiciesen vacilar al señor de Padilla, la determinó á obrar asi, precipitando la boda.

El matrimonio, pues, se hizo con el mayor secreto, y todo quedó en el mas completo misterio hasta la vuelta de Don Alonso.

Esta se retardó mas y mas de lo que todos esperaban, y en este tiempo Luisa fué madre de una hermosa niña que vino á embellecer aquella union que solo el amor habia formado.

Jamás hijo alguno fué mas querido que lo era aquella inocente criatura, tan hermosa y tan pura como un ángel; pero como el casamiento de la hija de doña Inés fué un secreto tan impenetrable, tambien lo fué el nacimiento de Clara, que no pudiendo vivir al lado de su madre fué á morar á la cabaña de una humilde pastora, que habia perdido á su hijo y que se prestó gustosa á ser la nodriza de la recién nacida.

Así pasó algun tiempo.

Luisa y su madre visitaban todas las tardes la cabaña de Marta, colmaban de besos y caricias á la tierna Clara y se consolaban de no tenerla á su lado, viéndola cercada de todos los desvelos y cuidados que la niñez necesita.

Doña Inés se atrevió á escribir á su esposo hablándole de los amores de su hija; pero le vió tan opuesto á ellos, que se decidió á callar de nuevo hasta que á su vuelta pudieran influir en el ánimo del señor de Padilla, la presencia de Luisa, su propia ternura y las súplicas y el llanto de ambas.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ESPLICACION

DE LA LÁMINA DE CROCHET.

*Número 1. Dibujo para cubierta de cama, si-  
llera, almohadones y cortinas.*

Será muy bonito si se ejecuta bordándolo al pasado sobre malla, y haciendo esta gruesa á fin de que los cuadritos tengan doble tamaño que los del grabado: la parte del dibujo que damos, presenta este completo: la union empieza en las hojas del tulipan.

Si se hace la obra al crochet, se guarnecerá con una puntilla del mismo género, que se hará por separado: si se ejecuta en malla, la puntilla deberá hacerse con moldes á propósito para que imite haccitos de espigas.

Las señoras que utilicen este lindo dibujo, podrán emplearlo del tamaño proporcionado al objeto que deseen, cuidando mucho de las uniones cuando tengan que repetirlo ó añadirlo: el cuadro de enmedio puede reemplazarse por una cifra.

*Núm. 2. Sabanilla para altar de la Virgen.*

Puede hacerse como el anterior, al crochet, ó bien bordada sobre malla: para este último trabajo, despues de ejecutado el festón, se recortará la malla dejando un pequeño borde que se doblará hácia arriba y se ejecutará con otro feston hecho con la aguja de coser y con algodon grueso de bordar.

Este dibujo es completo con algunos puntos que señalan su continuacion.

PAMELA.

Nuestra querida directora, la señora Sinués de Marco, ha salido para Lóndres despues de haber dejado arregladas en nuestras casas de París todas las mejoras apetecibles para EL ANGEL DEL HOGAR: como prueba de su deseo de complacer á nuestras suscriptoras, repartimos hoy una linda y útil lámina de crochet, labor que en la capital de Francia goza de un favor creciente, y de la que continuaremos dando preciosos modelos: en breve recibirán tambien nuestras suscriptoras, bonitas tapicerías en colores para aprovecharlas en los baños y en el campo, bajo los árboles, sirviéndoles de útil distraccion.

La señora Sinués de Marco, ha dejado además arreglada una correspondencia, que le avisará todas las variaciones de la moda así que aparezcan en París, para trasmitirlas á nuestras suscriptoras, á fin de que aprovechen lo antes posible las mas encantadoras novedades.

*Por todo lo no firmado,*

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.